

Vergüenza y escarificaciones en la adolescencia

Manuella de Luca*

Introducción

Las escarificaciones se observan principalmente en la adolescencia o en la entrada en la edad adulta, con una predominancia femenina. Forman parte del cuadro más amplio de los ataques al cuerpo –que contiene también los intentos de suicidio, otras automutilaciones y los trastornos de la conducta alimenticia–. Además de la destructividad en obra, el cuerpo ocupa un lugar central en estas conductas porque es el soporte de la expresión sintomática y porque puede también participar en la búsqueda de una solución al malestar inducido por la pubertad. En la metapsicología freudiana, la vergüenza se articula con la dinámica narcisista. Ésta aparece con fuerza en el recurso a las escarificaciones: primero en la fragilidad de los cimientos del narcisismo, que no pueden resistir a las sollicitaciones objetales tales como se reorganizan en la adolescencia, luego en la articulación entre psique y soma, que revela los estigmas de la efervescencia pulsional que desborda las capacidades de ligación de estos frágiles adolescentes, y por fin como modalidad de tratamiento.

Ya en las primeras versiones del mito de Narciso la vista está en el centro. La vergüenza en las escarificaciones se despliega en un frente a frente entre un narcisismo lesionado y una pulsión escópica demasiado movilizada. Veremos, partiendo de un caso clínico, cómo el narcisismo y uno de sus afectos –la vergüenza– pueden ser movilizados en los adolescentes que recurren a escarificaciones en configuraciones que van desde una fragilidad transitoria a una verdadera potencialidad deletérea. La vergüenza, de la misma manera que las escarificaciones, puede en la adolescencia constituir una potencialidad creadora para salir del callejón de la pubertad.

* mdeluca@mgen.fr / [CV](#)

Vergüenza, adolescencia y traumatismo

La vergüenza –a diferencia de la culpabilidad, con la que a menudo se la asocia– tiene un estatuto metapsicológico más reciente y menos establecido. Es un afecto negativo frecuentemente sufrido en la adolescencia. La vergüenza se insinúa en los fallos de la pubertad en el paso de la adolescencia a la edad adulta. Está íntimamente ligada a la carga escópica que ésta lleve la marca de la persistencia de un registro pulsional de tipo parcial o que se apoye sobre una fragilidad narcisista. El aumento masivo pulsional que acompaña la pubertad puede hacer efracción y desbordar ampliamente las capacidades de ligación del Yo. A este fuerte aumento cuantitativo de la vida pulsional se añade un trastorno cualitativo con la unificación de las múltiples pulsiones parciales bajo la primacía de lo genital, “por lo tanto no centradas y más bien auto-eróticas. Estas pulsiones parciales van a agruparse en una primera fase con predominancia de componentes orales, siendo una segunda fase sádico-anal, para llegar a la tardía tercera fase marcada por la primacía de lo genital” (Le Guen, 2010, p. 1177).

El advenimiento de un cuerpo sexualizado sometido a ataques pulsionales difícilmente dominables confronta a los adolescentes con una pasividad traumática que puede hacer lecho a un afecto de vergüenza notablemente vivo. Como señala P. Brusset (1993): “En la clínica psicoanalítica, la vergüenza lleva a evaluar la función de lo ideal en las regulaciones narcisistas. Se puede clasificar su temática como el narcisismo según se centre en la apariencia física, la conducta o la inteligencia”. La pubertad hace vacilar los fundamentos narcisistas y vuelve amenazador el afrontamiento objetal. La unificación pulsional en el registro genital instituye un comercio objetal que puede ser vivido como una amenaza. La persistencia de una movilización pulsional de tipo parcial invierte la perspectiva y deja el objeto a distancia. La inversión del masoquismo, la persistencia de pulsiones parciales –entre ellas la pulsión escópica– son un soporte de reforzamiento narcisista, el destino pulsional ya no dirigido hacia el objeto. El desarrollo de la pulsión de tipo genital se despliega en una asociación y una unión de numerosas pulsiones parciales ligadas a diferentes partes del cuerpo. Sin embargo, el destino de las pulsiones sigue siendo complejo y sometido a varias incertidumbres. Aunque en los *Tres Ensayos sobre la teoría sexual* (Freud, 2006) se sugería un destino común para el conjunto de las pulsiones parciales o sexuales en la sublimación, la organización definitiva de las pulsiones parciales sigue siendo incierta y compleja.

Las escarificaciones parecen ofrecer una escena que permite acceder al funcionamiento psíquico de los sujetos que recurren a ellas, develando varios de los escollos de la adolescencia. La fragilidad narcisista, el imposible enfrentamiento con la pasividad y la integración de un cuerpo sexualizado por la pubertad se sitúan en el cruce de la vergüenza y el recurso a las escarificaciones. El ideal del Yo, descendiente del narcisismo infantil y de su omnipotencia en la adolescencia, no puede diferir para "más tarde" sus exigencias, habiendo advenido con la pubertad, su explosión pulsional y su potencialidad orgásmica sumergiendo al adolescente con un fuerte sentimiento de vergüenza. La masiva inversión de la mirada en su dimensión narcisista, su dimensión pulsional en las tres vertientes de la pulsión escópica –verse, ver, ser visto– participa masivamente de la invasión por sentimientos de vergüenza. Sin embargo, como lo hemos propuesto (De Luca, 2011), las escarificaciones pueden ser una modalidad de integración de lo femenino que acompaña el paso a la edad adulta. Tienen entonces una potencialidad trófica, de la misma manera que la tarea psíquica, como lo señala C. Janin (2003): "Hubiese sin embargo sido deseable que el análisis haya podido autorizar la vergüenza como problemática psíquica en vez de dejarla en estado traumático". El trabajo de elaboración de la vergüenza, su posible relación con la culpabilidad y así su integración en un registro más objetal puede utilizar las escarificaciones como recurso figurativo y madurativo, primera etapa antes de una movilización más masiva del trabajo de per-elaboración y de simbolización.

De los efectos de la pubertad...

Anastasia tiene diecisiete años. Empezó a consultar hace seis meses por consejo de la asistente social de su escuela por dificultades relacionales con su familia. Vive en casa de sus padres con sus dos hermanos de quince y diez años (el primero sufre de un trastorno neurológico y presenta trastornos de la conducta, y el segundo de trastornos obsesivo compulsivos). Está en el último año de un bachillerato literario con opción musical, toca excelentemente el arpa. Su madre sufre de lupus eritematoso diseminado, descubierto hace cuatro años después de varios meses sin un diagnóstico acertado durante los cuales ha perdido quince kilos, debilitándose hasta el punto de no poder hablar, lo que ha preocupado mucho a Anastasia, quien ha empezado entonces a

escarificarse. La enfermedad de su madre se manifiesta mediante accesos que son cada vez objeto de preocupación para toda la familia.

Anastasia describe a su padre como un depresivo nacido en una familia de depresivos. Su abuela paterna se ha suicidado, ha perdido un niño joven en un accidente doméstico. Su tío y una de sus tías paternas siguen un tratamiento con antidepresivos desde hace varios años. En las entrevistas habla poco de ella y pone por delante la inquietud por su madre, que tiene dos empleos para que su familia "pueda seguir tirando". Describe a su madre como hiperactiva, incapaz de ocuparse de ella, muy preocupada por el estado de salud de *sus dos hermanos*: "Sonrío siempre, no quiero que mis padres se inquieten por mí. Ya tienen bastante preocupación con mis dos hermanos y su propio estado de salud".

Las dificultades de Anastasia han empezado hace cuatro años en el momento del descubrimiento de la enfermedad de la madre, pero también poco después de la aparición de su primera menstruación. En aquella época se sentía mal y empezó a escarificarse, con todo lo "que tenía a mano": cuchillo, navaja de afeitar, cúter, compás. Se escarifica a escondidas para aliviar una intensa tensión interna: "Tengo mucha cólera en mí; cortarme me alivia, ver derramar mi sangre me tranquiliza". No logra la llegada de su primera menstruación: "Pensaba que la tendría más tarde, la tuve en segundo año de bachillerato, incluso mi madre se sorprendió porque no estaba en absoluto *formada*, *no tenía pecho*. Estaba contenta. Fue distinto después, pensaba que absorbía todo, no me acuerdo pero fue entonces cuando empecé a escarificarme. Me di cuenta de que mi madre iba mal, también me desvelaba mucho por mi hermano. Tuve una profesora, la de historia, que ya había tenido en primer año, que se dio cuenta. Me habló. Cada vez que hablaba de mi padre, de mi madre, lloraba [...]. Me avergüenzo, no soporto mis emociones. Es terrible, lloro cada vez que veo que mi padre no está bien [...], a mi hermano no lo veo diferente, sin embargo en la escuela los otros ven sobre todo su discapacidad". Anastasia se escarifica principalmente la muñeca izquierda, ya que se sirve de la mano derecha, y con menos frecuencia las partes femeninas de su cuerpo, así como su vientre.

Disimula sus cicatrices porque le dan vergüenza, sobre todo ante sus padres. Cuando su madre la cuestiona, ella miente y le dice que la arañó un gato. "Una vez, en el baño, al ducharme, vi mi cuerpo y no lo soporté, no me gusta, no sé, me mutilé el vientre y luego los brazos. Era la primera vez en el vientre, porque no quería que se viese. Fue extraño porque lo hice luego en los brazos y sé que se va a ver con unas

tijeras [...], me avergüenzo, me parece que me va a seguir. Tengo verdadera vergüenza de mis cicatrices. Las escondo, las muestro, pero no las exhibo, con ciertos amigos puedo mostrarlas pero me siento demasiado avergonzada". Le mostró sus cicatrices a su mejor amiga, que la acompañó para que pidiera un turno. Vino a la consulta sin hablar de ello a sus padres, no quiere inquietarlos. "Consulté por consejo de una amiga que es bulímica y que sigue un tratamiento. No se lo dije a mis padres, no quiero que se preocupen. Consulté porque no tengo ánimo y me escarifico desde los trece o catorce años. Empecé a cortarme en cuarto del bachillerato porque me apacigua; estaba enfadada conmigo y tenía vergüenza de mí. No hablada de eso en casa porque a mi madre le diagnosticaron lupus; perdió quince kilos, está muy cansada, no podía comer, no se ocupa de sí misma. Para mi padre no es fácil, su madre se suicidó. Es también por eso que consulto, por lo hereditario; tengo miedo de ser depresiva y de suicidarme".

Habla incómoda sobre el inicio de su adolescencia: "Cuando tenía trece años engordé quince kilos en dos años, mi madre me llevó a ver una especialista en dietética que me puso a régimen". Guarda de ese periodo un temor a subir de peso y sigue restringiéndose con una banalización o incluso negación de su delgadez (tiene un índice de masa corporal inferior a la media de 17, cuando el límite bajo es de 19). La restricción alimenticia se inscribe dentro de una fragilidad narcisista y una estima de sí débil, el miedo a la mirada de los demás es importante y la fragilidad narcisista pone en peligro las relaciones de objeto que parecen amenazadoras para la integralidad del Yo. "Si no como es porque no tengo tiempo entre el colegio, el conservatorio y mis amigos. No puedo tomarme el tiempo para sentarme a la mesa para comer [...]. Mis amigos me dicen que estoy demasiado delgada, no me gusta, veo siempre en la calle una chica bomba mucho más delgada que yo y veo bien la mirada de mis amigos, entonces me digo que sobre todo no debo engordar". Siente verdadero odio hacia su cuerpo, en especial desde que la pubertad lo ha transformado: "Vi mi cuerpo, me da vergüenza [...], soy demasiado gorda, me doy asco".

Vergüenza del cuerpo y escarificaciones

La vergüenza –y más particularmente la del cuerpo– está muy presente en los afectos vividos y sentidos por Anastasia. Es primero una vergüenza ligada a las

transformaciones corporales inducidas por la pubertad en una vivencia de pasividad traumática. Este difícil enfrentamiento con la pubertad en el aumento de peso al principio de la pubertad. Sufre el aumento de peso de quince kilos. Acepta la decisión de su madre, que resuelve que debe adelgazar, como lo atestigua la expresión "que me puso a régimen". En este periodo de entrada en la pubertad, la tarea de apropiación del cuerpo post-pubertario no está aún iniciada en el caso de Anastasia, que deja a su madre decidir por ella, como cuando era una niña. Las escarificaciones vienen a apaciguar la vergüenza frente a este cuerpo origen de asco, y la restricción se inscribe en el mismo movimiento de volver a controlarse. Son también un intento de integración del cuerpo sexualizado. Esta apropiación se inicia transformando este cuerpo y dejando en él una huella.

En la pubertad, el cuerpo debe –como lo propone Freud en *Tres Ensayos...*– enfrentar las "reconfiguraciones de la pubertad" (Freud, 2006, p. 147). Pierde entonces el cuerpo su carácter familiar y es tratado como un objeto que provoca un sentimiento de extrañeza, mezclado con asco e incluso odio: "En la adolescencia, el enemigo es el cuerpo" (Birraux, 2004). Se trata entonces para el adolescente de encontrar una estrategia para aceptar e invertir su cuerpo en particular poniéndolo a prueba con las escarificaciones. Los ataques contra el cuerpo son una modalidad de lucha: la pasividad que se convierte en actividad. Esta defensa dinámica es desencadenada por los sentimientos de vergüenza y de disgusto frente al cuerpo: "Vi mi cuerpo y me da vergüenza". Los dos afectos están en el origen de las escarificaciones y de la lucha activa contra el aumento de peso.

Si el cuerpo existe primero como entidad anatómica o fisiológica, no se puede aprehender sin sus aspectos psicológicos que incluyen su rol de soporte identitario, histórico y subjetivante y lo sitúan en un interfaz que oscila entre el adentro y el afuera. Por lo tanto el cuerpo va a tener un rol particular en la adolescencia: se lo tratará alternativamente como un objeto totalmente exterior que se puede controlar, utilizar, pero también como parte integrante del sujeto, por lo tanto inscripto en un leguaje, expresión de deseos y de los fantasmas del individuo. Anastasia sufre por no poder controlar completamente su cuerpo: "Cada vez que hablaba de mi padre, de mi madre, lloraba [...]. Me avergüenzo, no puedo soportar mis emociones". No puede contener sus emociones, que la desbordan, aumentan su vivencia de pasividad y exponen además parte de su vida interna.

Recurrir a las escarificaciones es una modalidad de figurar la vida interna. Las dificultades para contener y ligar la excitación pulsional dan cuenta de la insuficiencia de los procesos de simbolización. El recurso al acto de escarificarse puede ser el inicio de un trabajo psíquico de elaboración. Este trabajo sigue para Anastasia tropezando, como lo atestigua la omnipresencia de la vergüenza y de la parte traumática que la acompaña. Mientras que para algunas adolescentes las cicatrices son investidas en una dimensión estética de reforzamiento narcisista, para Anastasia siguen siendo fuente de vergüenza, huella del desbordamiento pulsional más que inicio de un intento de ligar el instinto de muerte. Las cicatrices están demasiado intrincadas con la destructividad del cuerpo sexual que anima Anastasia.

Vergüenza, pulsión escópica y escarificaciones

En los *Tres Ensayos...*, Freud va a formular varias hipótesis acerca de las pulsiones parciales y de la pubertad. Si son múltiples las pulsiones parciales y se despliegan en paralelo con el desarrollo libidinal del niño para luego convergir bajo la primacía de lo genital, algunas están solicitadas de manera más específica en el recurso a las escarificaciones. Además del instinto de dominio (*Bemächtigungstrieb*), que se apoya en un aparato constituido por la mano, el ojo y la boca, la pulsión escópica y la pulsión de crueldad son centrales en la lógica de las escarificaciones. La pulsión escópica tiene un estatuto metapsicológico particular porque participa por intermedio de la pareja de opuestos voyeurismo/exhibicionismo en la comprensión de las perversiones con la otra pareja de la metapsicología freudiana del sadismo/masoquismo. Como lo indica Freud, "la pulsión escópica presenta particularidades que la singularizan. La pulsión de mirar es en efecto al principio de su puesta en actividad autoerótica, tiene un objeto pero lo encuentra en el propio cuerpo. Es más tarde que es llevada por la vía de la comparación a cambiar este objeto por un objeto análogo de un cuerpo extranjero" (De Luca, 2011, p. 174-175). Este paso abre la vía a un nuevo esquema explicativo de las perversiones haciendo al mismo tiempo eco a los estudios sobre el narcisismo, bien sea en la cuestión de sus relaciones con el autoerotismo o con la mirada: mirarse y así reconocerse y existir como un sujeto, y mirar a los otros y aceptar su mirada para sentirse el mismo y sin embargo diferente. Como lo hace ver Anastasia, se trata de

verse cortarse o de ver correr su sangre para sentirse apaciguada: "Tengo mucha cólera en mí; cortarme me apacigua, ver mi sangre correr me calma". No se hace la descarga en un registro genital sino que queda parcial como testimonio de ello la importancia de la inversión escópica parcial, y puede a tal título procurar un alivio aceptable por el Yo. Pero más allá del alivio, la lógica sigue siendo intensamente autoerótica en un intento de inversión de reforzamiento narcisista, de mejor delimitación entre dentro y afuera, participando el conjunto del trabajo de subjetivación, que es lo que está en juego en la adolescencia.

El instinto de crueldad está, como lo subraya Freud, ligado a la pulsión escópica: "La observación nos enseña, sin embargo, que hay interferencias entre el desarrollo sexual y el desarrollo de la pulsión escópica y de crueldad que restringen de nuevo la presunta independencia de las dos pulsiones" (De Luca, 2011, p. 123).

La satisfacción en la pulsión escópica está fuertemente ligada a la piel en su dimensión erógena. Etimológicamente, la crueldad hace referencia a la carne cruda y sanguinolenta tal como puede verse en las escarificaciones. Llama la atención en el discurso de Anastasia la diferencia entre las emociones que la sumergen cuando evoca a sus padres o sus hermanos y la ausencia de estas mismas emociones cuando describe la realización de las escarificaciones. Puede asegurar fríamente que para escarificarse toma "todo lo que tiene a mano; un cuchillo, una navaja de afeitar, unas tijeras...". Para Winnicott (1969, p. 154), la crueldad designa una fase del desarrollo precoz del niño: "Debemos hacer la hipótesis de una relación de objeto precoz cruel". En esta fase el niño no se vive como cruel, porque no percibe a su madre como un objeto entero, sigue separada en objetos parciales; buenos o malos. La fusión de los objetos buenos y malos en lo que Winnicott define como la fase de la solicitud confiere al niño la posibilidad de percibir retroactivamente su crueldad: "Hay que notar que el niño no se siente cruel, pero mirando hacia atrás (y eso ocurre en regresiones) puede el individuo decirse: '¡Aquí fui cruel'. Esta fase precede a la de la compasión" (Winnicott, 1969, p. 154). Esta capacidad de compasión se manifiesta con fuerza en Anastasia hacia sus padres o sus hermanos, pero queda suspendida en lo que la atañe por la debilidad de la inversión narcisista de su Yo.

La movilización de una dinámica pulsional parcial en Anastasia da cuenta de la tarea de intrincación pulsional tal como se realiza en la adolescencia, entre pulsión de auto-conservación al servicio del narcisismo y pulsión sexual implicada en la dinámica objetal. Anastasia moviliza con fuerza la pulsión escópica en las dos primeras direcciones

-ver y verse, que se trate de su cuerpo, de su sangre, de los cortes que se inflige o de las marcas que dejan las escarificaciones-. Está más débilmente movilizada la pulsión escópica en su dimensión "ser vista", aunque está presente. La mirada de los otros puede ser motivo de inquietud en una confrontación con un ideal cruel: "Mis amigos me dicen que estoy demasiado delgada, yo no me gusto, veo siempre en la calle una chica bomba mucho más delgada que yo y veo bien la mirada de mis amigos; me digo entonces que sobre todo no debo engordar". El encuentro con el objeto sigue siendo, para Anastasia, portador de sufrimiento, se debe dar una imagen de sí misma perfecta, si no puede contener la amenaza de ataque narcisista. Por lo mismo se esfuerza en seguir sonriendo antes sus padres para no inquietarlos. Se mantiene en una postura infantil de sumisión a las figuras parentales sin poder librarse de ellas por su excesiva fragilidad narcisista pero también de la de sus padres, a quienes quiere evitar una confrontación indispensable en la adolescencia. Pero el recurso a la forma de la pulsión escópica puede también dejar transparentar un inicio de elaboración de un comercio objetal menos amenazante que la vergüenza va a acompañar. La vergüenza de las cicatrices devela un trabajo de integración en curso, como lo subraya el empleo del pretérito: "las escondo, las muestro pero no las exhibo, con ciertos amigos puedo mostrarlas pero no me sentía demasiado avergonzada". Aquí se despliega toda la ambivalencia que acompaña a este movimiento de enlace entre libido del Yo y libido objetal: "las escondo" en un registro autoerótico, "las muestro" en un registro objetal inmediatamente atenuado por la negación e incluso la denegación: "no las exhibo". El triunfo narcisista sobre el objeto no es por lo tanto la única vía de satisfacción. Se observa también cómo en la adolescencia la inversión narcisista del otro en una relación en espejo (siendo los mejores amigos una especie de dobles tranquilizadores) marca una etapa que hace a la instalación de relaciones objetales. Anastasia consigue mostrar sus cicatrices, su parte vergonzosa, a ese doble de sí misma, sus mejores amigos, en una indiferenciación chicas/chicos, develando así el trabajo integrativo movido por la vergüenza. La pulsión escópica, tal como está movilizada en las escarificaciones, ofrece un apoyo a esta relación en espejo en las idas y vueltas, entre ver y ser visto. Sin embargo, este movimiento sólo puede ser temporáneo, su perennidad en particular en recurrir a las escarificaciones puede ser deletérea. La fascinación en la contemplación de la sangre que brota, del corte, o de las cicatrices, funciona entonces en circuito cerrado en una lógica perversa que excluye por completo al objeto. Ocupa el sujeto todos los lugares: el de la víctima que se ve pasivamente sangrar, el del verdugo que actúa

haciendo una incisión y viendo su resultado, y el del espectador que observa y se aprovecha del espectáculo del cuerpo mutilado que es visto.

Vergüenza femenina y escarificaciones

La pubertad enfrenta a los adolescentes con una paradoja: integrar una identidad sexual de hombre o mujer estando al mismo tiempo confrontados a una vida psíquica dominada por la bisexualidad. Esta tarea de lo femenino en la adolescencia se convierte a veces en una verdadera prueba, como propone C. Ternynck (2000): el enfrentamiento a la pasividad y a la apertura del cuerpo generando angustia. Así, para ciertas adolescentes la representación de un interior contenedor y portador de potencialidad de goce y de fecundidad está barrida por la efracción de la representación de lo abierto. La vergüenza acompaña entonces una mirada específica vuelta hacia el interior del cuerpo en búsqueda de una representación de un femenino que se hurta de la visión. Como señala A. Green (2003): "La vergüenza firma la confesión de una derrota, la revelación de una debilidad, la pérdida de las apariencias y de la dignidad y puede llegar hasta el punto de imaginar su mundo interior desenmascarado a la vista del otro". Parte de los órganos sexuales femeninos están ocultos dentro del cuerpo, mientras que se ofrece a la mirada la apertura del cuerpo femenino. La vergüenza surge a menudo de darse cuenta de una castración exhibida ante la mirada ajena. Recurrir a las escarificaciones puede entonces permitir salir de la vergüenza ligada en lo femenino asociado a la pasividad, escogiendo una castración mínima, por lo tanto menos peligrosa. Las incisiones que realizan las escarificaciones pueden ser el soporte de esta "trampa masoquista" (Rosenberg, 1991) que, con una lógica perversa, escoge el sacrificio de una parte para proteger la totalidad movilizando denegación y clivaje.

La aparición del periodo menstrual en la niña enfrenta a la pasividad y al enigma de un femenino oculto en gran parte. La sangre menstrual conlleva un doble significado: es portador de fecundidad pero también la representación de la ausencia de embarazo, por lo tanto portador de una dimensión mortífera. "La sangre de las mujeres aterroriza, fascina, repugna, conmueve. La sangre de la vida, la sangre del sexo, la sangre de la muerte" (Recamier, 1955, p. 286). Las menstruaciones son también la expresión de un femenino inscripto en lo más profundo del cuerpo. "Después de este primer flujo, el

cuerpo entreabierto se trasforma y lo femenino emerge y se anuncia, y si la sangre es escondida no puede escapar a la mirada la transformación del cuerpo” (Silvestre, 2005, p. 65). Anastasia pone por delante esta dualidad: la alegría de crecer y de convertirse en mujer y la inquietud hacia una temporalidad que se precipita, una rivalidad con su madre que se desvela: “Pensaba tenerla más tarde, la tuve en segundo del bachillerato, incluso mi madre se sorprendió porque no estaba en absoluto formada, no tenía pecho. Estaba contenta. Fue diferente después, pienso que lo absorbía todo, no me acuerdo pero fue entonces cuando empecé a escarificarme”. Recurrir a las escarificaciones brinda una modalidad de integración de lo femenino, la sangre de las escarificaciones, sangre provocada, dominada, elegida y por lo tanto portadora de vida y reaseguro narcisista se opone a la sangre menstrual, sufrida y portadora de muerte. La rivalidad con la madre – tal como puede aparecer en la adolescencia en la reactualización de la problemática del complejo de Edipo– no puede plantearse abiertamente para Anastasia por la enfermedad de su madre. Articula en una serie de asociaciones, sus primeras menstruaciones, el inicio de sus escarificaciones, la conciencia de la gravedad de la enfermedad de su madre y la vergüenza de sus emociones. Podemos hipotetizar que la vergüenza de las emociones hace referencia a una fuerte agresividad teñida de rivalidad con la madre. La agresividad va entonces a volverse contra la propia Anastasia en un ataque de las representaciones femeninas de su cuerpo, y a la vez en la restricción alimenticia que borra las formas femeninas de su cuerpo, y en el recurso a las escarificaciones. El riesgo de esta inversión es la imposible integración de lo femenino en beneficio de una mascarada de la feminidad (Rivière, 1929) con movilización de la dinámica masoquista.

Conclusión

Recurrir a escarificaciones se ve en constelaciones psicopatológicas variadas y abre una escena que permite acceder a las modalidades del funcionamiento intrapsíquico. El adolescente moviliza fuertemente la dinámica narcisista y hace vacilar los fundamentos narcisistas. La confrontación con el ideal no puede ser diferida, la integración de una identidad sexual ligada a un aflujo pulsional masivo puede poner en dificultad a los adolescentes más frágiles. El cuerpo –y particularmente el cuerpo sexual– es fuente de un descontento debido en particular a la confrontación con una pasividad

frente a las transformaciones corporales provocadas por la pubertad, que puede generar ataques como las escarificaciones. La vergüenza es la expresión de la fragilidad narcisista y de un enfrentamiento escópico fuente de sufrimiento. Si la vergüenza, como las escarificaciones, tienen una dimensión traumática, pueden también ser portadoras de una dimensión trófica. La persistencia de una inversión pulsional de tipo parcial –en particular mediante la pulsión escópica– puede ser una etapa en la integración de una vida pulsional bajo la primacía de lo genital. La vergüenza, que está fuertemente intrincada con la inversión escópica, acompaña el paso de una inversión libidinal narcisista autoerótica a un enfrentamiento con el objeto soportable que prefigura una inversión más libidinal y la movilización de la culpabilidad. Las escarificaciones y la vergüenza que los acompañan pueden también tener un efecto deletéreo cuando se inscriben en una lógica masoquista funcionado en circuito cerrado de tipo narcisista sin ningún enfrentamiento a un registro objetal. La evaluación psicopatológica de las modalidades de funcionamiento en los adolescentes y en los adultos jóvenes que recurren a escarificaciones es indispensable para poder proponer modalidades de seguimiento permitiendo acompañarlos en los procesos de simbolización, ahorrándoles a largo plazo una repetición deletérea y estéril al servicio de una destructividad dominada por la pulsión de muerte.

Bibliografía

- Birraux, A. (2004). *Le corps adolescent*. París: Bayard.
- Brusset, B. (1993). La honte à l'adolescence. En *Adolescence, Clinique de la honte*, 11(1), 5-25.
- De Luca, M. (2011). Les scarifications comme après-coup du féminin. Les vicissitudes d'un masochisme bien mal tempéré. En *Evolution Psychiatrique*, 76 (1) : 75-95.
- (2010). Inceste fraternel et registre pulsionnel partiel. En *Evolution psychiatrique*, vol 75 - n° 1, p. 165-181 – janvier.
- Freud, S. (2006). Trois essais sur la théorie sexuelle. En *Œuvres Complètes*, VI. París: PUF. (Edición original: 1905.)
- Green, A. (2003). Enigmes de la culpabilité, mystère de la honte. En *Revue Française de Psychanalyse*, "Honte et Culpabilité", LXVII (5), 1639-1653.
- Janin, C. (2003). Pour une théorie psychanalytique de la honte. En *Revue Française de Psychanalyse*, LXVII, 1657-1742.
- Le Guen, C. (2010). Les pulsions. En *Dictionnaire Freudien*. París: PUF.
- Racamier, P.-C. (1955). Mythologie de la grossesse et de la menstruation. En *Evolution Psychiatrique*.
- Rivière, J. (1929). La Féminité en tant que mascarade. En *I.J.P.*, X, 303-313 – *La Psychanalyse* n° 7, "La sexualité féminine" (traducción del inglés por V. Sirmnoff.)
- Rosenberg, B. (1991). Masochisme mortifère et masochisme gardien de la vie. En *Monographies de la Revue Française de Psychanalyse*, PUF.
- Silvestre, C. (2005). Sang mêlé. En *Le sang des femmes, Médecine Psychanalyse, anthropologie, Champ, psychosomatique*, n° 40, *L'esprit du temps*, París.
- Ternynck, C. (2000). *L'épreuve du féminin à l'adolescence*. París: Dunod.
- Winnicott, D. (1969). Le développement affectif primaire. En *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Payot: París. (Edición original: 1945.)